

Acerca del rey ideal en la segunda sofística: su calidad de pacificador

Las teorías de Dión sobre la monarquía y las características del «buen rey» han sido estudiadas monográficamente por V. Valdenberg¹ y aparecen principalmente en los cuatro discursos *Περὶ βασιλείας*; de una manera general, todas las ideas que recoge aquí el orador son fácilmente rastreables en sus fuentes.

El discurso I² aparece muy influenciado por la doctrina platónica y el retrato del jefe que Homero traza en sus poemas. En la primera parte sobre todo (capítulos 12-24), la descripción del rey tiene un carácter socio-ético especialmente que se repite en III, 1 y 29-41 en gran manera y, luego, en otro discurso ajeno a la serie: el LXII (sobre todo en el capítulo 3)³. En las partes finales de I, al igual que en III⁴, la idea del rey empieza a desarrollarse y a definirse en relación con las doctrinas estoicas del legislador del universo. El II y los restantes, por su parte, repiten estas ideas sin dejar fuera, como los anteriores, otras muchas aclaraciones de corte cínico-estoico, reiterando incansablemente listas de cualidades que el buen rey ha de tener.

No obstante, la dependencia que de las fuentes tradicionales se patentiza en sus teorías (Homero en especial) está mezclada con puntos de vista coloreados más bien por el barniz

1 «La theorie monarchique de D. Chrysostome», *REG*, XL, 1927, 146-162; véase también C. Lacombrade, *Le discours sur la royauté de Synésios de Cyrène* (Paris 1951) 93 y ss.

2 Dirigido a Trajano pensando en él como el jefe que necesita el Imperio (I, 5: πολλοῦ μὲν δειόμενον θάρσους, πολλῆς δὲ καὶ ἐπιεικείας). Citamos por la edición de H. von Arnim, Berlin, 1893-96.

3 Ver sobre estos temas E. Hoeistad, *Cynic hero and cynic king*, (Upsala 1948) 189 y ss.

4 Pronunciado en el 104 d. de C. posiblemente y en presencia de Trajano, según la entendida opinión de von Arnim, autor de la única obra de conjunto sobre este autor: *Leben und Werke des Dio von Prusa* (Berlin 1898).

de la reflexión objetiva que por la pátina del pensamiento heredado sin más; para Dión, el poder real viene dado por el hecho, razonable por cierto, de que el fuerte manda siempre sobre el débil y éste debe ser protegido y cuidado por aquél⁵. Todo ello no impide que, en ocasiones, sus reflexiones queden truncadas y haga acto de presencia la contradicción que, en el caso de las relaciones entre autoridad, realeza y observancia de la ley, ha sido notada por C. Lacombrade⁶.

El acervo de perfecciones del *χρηστῷ βασιλέως* ha de procurar emular al que nos da Homero y, de esa forma, tiene muchas posibilidades de ser el mejor⁷; lleno de valor, de buen mandar para con los soldados será⁸ y, así, para ellos contará cual firme baluarte en todos los aspectos (ὡς τοῦτο μάλιστα σωτήριον καὶ νικηφόρον ἐν τοῖς κινδύνοις τὸ μὴ ἀδεεῖς εἶναι τῶν ἡγεμόνων τοὺς στρατιώτας)⁹. El rey ha de ser, en definitiva, tal como Agamenón, monarca idealizado a quien el bardo compara con un toro¹⁰; sobre esta comparación¹¹, Dión de Prusa realiza ciertas variaciones que nos parecen interesantes y a las que vamos a referirnos a continuación.

Siguiendo la pista trazada por Homero, nuestro autor celebra su elección¹² y explica algunos puntos en que la coincidencia es, a su juicio, manifiesta. El toro no necesita usar de la violencia (*βιάζεσθαι*) para conseguir su alimento, ya que lo encuentra en las hierbas colocadas a su alcance por la naturaleza. Tampoco necesita echar mano a la rapacidad (*πλεονεκτεῖν*) para conseguir su sustento; todo lo que precisa para vivir lo

5 Véase III, 50 y 62; II, 69; III, 57 y 82.

6 Este autor, *o. c.* 94, comentando formulaciones como la de III, 43 (Ἡ μὲν ἀρχὴ νόμιμος διοίκησις καὶ προνοία ἀνθρώπων κατὰ νόμον, βασιλεία δὲ ἀνυπεύθυνος ἀρχή, ὁ δὲ νόμος βασιλέως δόγμα) nos dice que son contradictorias «dans la mesure où elle ménage à la fois les contingences présentes et la vérité idéale».

7 II, 6.

8 II, 26 y ss.; 52 y ss.

9 *Ibidem* 52; todo esto lleva a Alejandro, que en el discurso es el interlocutor de Filipo y portavoz de los juicios de Dión, a decir que Homero le parece *ικανότατος σωφρονιστής* (*ibidem* 54).

10 *Iliada* II, 402-8.

11 La comparación no tuvo tanta suerte en las etapas posthoméricas más alejadas; Apolonio, por ejemplo, en su poema no compara a Jasón sino con un jabalí (III, 1351-3), con un león (IV, 1338-42), con un belicoso corcel (III, 1259-61); es a Heracles a quien toca en suerte ser comparado a un toro, pero no lleno de poder y majestad, sino picado por un tábano (I, 1265-9).

12 II, 68.

tiene abundante (ἀνελλιπῆ καὶ ἀφθονα)¹³, mientras, sin preocuparse por ello, reina entre los de su raza benignamente (βασιλεύει δὲ καὶ ἄρχει τῶν ὁμοφύλων μετ'εὐνοίας, ὡς ἂν εἴποι τις, καὶ κηδεμονίας), defendiéndolos de las fieras salvajes.

Todo esto y otras razones más justifican el empleo de tal comparación; sin embargo, hay otros argumentos en que no estamos seguros de la continuidad de tal paralelismo ταῦρος / βασιλεύς. Ocasiones hay —sigue diciendo el de Prusa— en que, «apareciendo otro rebaño, lucha contra el jefe de este otro por mor de vencerle, de forma que parezca que él es superior y también su rebaño»¹⁴. Como decimos, si no se quiebra el exacto paralelo que Díon parece pretender mantener, tendríamos aquí un caso especial de la etiología de las guerras en el que el rey justo, a pesar de su nobleza y justicia, se ve empujado a ciertas guerras por causa de ese δόξαι que en otros lugares en su obra ha fustigado en general¹⁵. No tenemos elementos de juicio suficientes para extraer de este pasaje una crítica soterrada de esta forma de actuación humana que más de una vez ha movido a sangrientos combates¹⁶; preferible es, más bien, entender aquí un elogio de la bravura del toro y del rey en una situación de rivalidad cualquiera que ésta sea.

El toro, sigue diciendo, es ἡγεμονικώτατόν τε καὶ ἄριστον πεφυκότα ὁμῶς προσείσθαι τὴν τοῦ κρείττονος ἡγεμονίαν y no acepta ser dominado por nadie (un paralelismo con el rey fácilmente comprensible). Finalmente, cuando lleva a cabo algo malo y censurable, merecedor de castigo, los boyeros lo matan: ὡς οὐκ ἐπιτήδειον οὐδὲ συμφέρονντας ἡγείσθαι τῆς ἀγέλης¹⁷. Está claro que este último párrafo es la nota de advertencia que, aun en el caso del buen rey, es preciso tener presente. A esto se debe que antes hayamos lanzado la posibilidad de una crítica velada en sus palabras sobre las relaciones de este ταῦρος con otro rebaño, toro que tan bien encarna, a ojos de Díon, el símbolo del rey noble.

Son otras muchas las notas que nos aporta el escritor y que

13 *Ibidem* 69.

14 *Ibidem* 70.

15 Por ejemplo LXVIII, 4.

16 La gloria es motor que a conflictos impulsa según la literatura antigua; véase, levisíma muestra, Apiano VI, 15, 98.

17 II, 73.

no recogemos; pero, relacionadas con la idea que da pie a estas páginas, tan sólo queda por destacar el hecho de que, aunque sea pacífico el monarca, siempre debe estar preparado para la guerra: καὶ πολεμικός μὲν οὕτως ἐστὶν ὡς ἐπ' αὐτῷ εἶναι τὸ πολεμεῖν, εἰρηνικός δὲ οὕτως ὡς μὴδὲν ἀξιώμαχον αὐτῷ λείπεσθαι¹⁸. Sabe, pues, que hay que estar continuamente dispuesto al combate, a fin de que le sea posible vivir en paz (ὅτι τοῖς κάλλιστα πολεμεῖν παρασκευασμένοις τούτοις... ἕξεισιν εἰρήνην ἄγειν). Εἰρηνικός puede compaginarse con πολεμικός tanto aquí como en el famoso discurso de Mecenas que Casio Dión recoge en el libro LII de su obra histórica. En ambos lugares, el uso de estos adjetivos que representan cualidades opuestas εὐπολεμικόν / εἰρηναῖον en el historiador y πολεμικός / εἰρηνικός en el sofista, se debe al deseo de poner muy de manifiesto que el pacifismo de abandono es condenable e inconcebible. Las doctrinas cínico-estoicas y también, en parte, Antístenes (fuente de estos elogios sobre el buen rey) no conocen al monarca únicamente εἰρηνικός y mucho menos al εἰρηνικός con un pacifismo de renuncia¹⁹. El rey, pues, será πατήρ καὶ εὐεργέτης de sus súbditos, φιλοπολίτης y también φιλοστρατιώτης (conjurando así los peligros de las insurrecciones, ya sean militares ya ciudadanas, con que el δεσπότης suele ser obsequiado); en resumidas cuentas, debe ser todo eso, pero, además, πολεμικός y, como apostilla a este pasaje M. Rostovtzeff²⁰, «en el sentido de que nadie que merezca ser combatido sobreviva»²¹. Sin otras referencias a la cuestión del pacifismo «sui generis»²² del rey ideal, Dión termina su farragosa

18 I, 11.

19 Las fuentes están estudiadas por E. Thomas, *Quaestiones Dioneae* (Leipzig 1909); véase también von Arnim, o. c. 398 y ss. Además, consúltese P. Fischer, *De Dionis Chrysostomi orationis tertiae compositione et fontibus* (dis. Bonn 1901). En general, sobre el aspecto cínico de los discursos Ἠερὶ βασιλείας ver D. R. Dudley, *A history of Cynicism* (Londres 1937) 154 y ss.

20 *Historia social y económica del Imperio romano* I², tr. esp. Madrid 1962, 234.

21 Ideas parecidas se encuentran en otros continuadores de este tipo de literatura sobre el «buen rey»; Sinesio, por ejemplo, nos dice: ἐστὶ μὴν εἰρήνην πολέμου μακαριώτερον, ὅτι καὶ διὰ τὴν εἰρήνην τὰ τοῦ πολέμου παρασκευάζεται· τέλος οὖν ὄν, τῶν δὲ αὐτῷ δικαίως ἂν προτιμῶτο (26c; citamos por la edición de N. Terzaghi, Roma, 1944) y Temistio X, 156, 21 (véase la ed. dindorfiana de Leipzig 1832 reimpresa recientemente en Hildesheim) afirma: πολέμου ὁ γὰρ ἀθλον εἰρήνην καὶ στρατεύονται οἷς ἀνάγκη, οὐχ ἕνα διὰ τέλους στρατεύονται, ἀλλ' ἕνα ἀσφαλῶς ἡσυχάσωσιν.

22 Poco más hay que pueda interesarnos; en III, 135 hace referencia a la educación del rey por medio de la caza con vistas a formarlo adecuadamente para la guerra.

descripción de la realeza a la que Zeus mismo ayuda (II, 77 y ss.) con tal de que no sea injusta ni pervertida²³.

Aunque el rey sea justo, noble y pacífico, como hemos visto, siempre ha de estar dispuesto a la guerra tanto si es atacado como cuando no lo sea, ya que el poder es normal afianzarlo con las armas²⁴. La utilidad de las armas es también indicada —nos confiesa— para salvaguardar y asegurar el buen orden frente a circunstancias adversas²⁵. De todas formas, la única cuestión interesante aquí es la siguiente: ¿Es mejor la paz que la guerra? ¿Es esto lo que ha de procurar el rey, la paz, en toda ocasión, aunque vigile para no caer en un pacifismo descuidado y peligroso? Hasta ahora no hemos hecho mención de ello y ya es hora de traer a colación la clara valoración que, como atributo y dádiva del rey justo y bueno, tiene la paz; nos parece, en definitiva, que con tanta razón debe llamarse a Dión predicador de la paz como de la concordia²⁶.

Para ensalzar este valor y ejemplificarlo de una manera gráfica, el imaginativo sofista rebusca y encuentra como idóneo un mito ya consagrado, cargado de un regusto a diatriba como mostró E. Norden²⁷; se trata del famoso mito de Heracles en la encrucijada²⁸ que, con ciertos cambios, sirve admirablemente a los fines del orador: mostrar que la paz se da junto al rey bueno y no junto a su opuesto (el rey malo, el τύραννος).

23 El buen rey no cae en las exageraciones de un Nerón o un Ptolomeo Auletes a los que se refiere Dión sin ambages en III, 134. Igualmente, en I, 28 apunta a Nerón y en 29 tanto a éste como a Domiciano. Nerón es el clásico ejemplo de τύραννος, así como Trajano encarna las sumas virtudes del βασιλεύς. Para algunos autores, por ejemplo Rostovtzeff, o. c. 234, las notas del discurso al que antes nos hemos referido (καὶ πολεμικὸς μὲν οὕτως ἐστίν...) no son solamente teóricas, sino que «corresponden al carácter y a la actuación de Trajano». El tema y la controversia es ajeno a los límites de este pequeño trabajo.

24 III, 93.

25 I, 63.

26 Véase, entre otros, el discurso XXXVIII con múltiples datos para una política basada en la ὁμόνοια.

27 *Die antike Kunstprosa* I² (Leipzig 1909) 129, n. 1; hablando de las características de la diatriba nos dice: «daraus folgt also, dass die charakterischen Formen der Diatribe schon bei den Sokratikern und Sophisten vorgebildet waren. Man vergleiche noch die Erzählung des Prodikos bei Xenoph. Mem. II, 1, 21 ff. mit dem weiter unten in Text Diatribenfragment des Demetrios».

28 La narración coincide casi en parte con el pasaje de Jenofonte ya citado en la nota anterior (ver también Cicerón, *de officiis* 32) que depende de Pródico, su inventor al parecer. M. Untersteiner, *I Sophisti* II² (Milán

A lo largo de varios capítulos en el discurso I expone las andanzas del sufrido héroe griego y en el capítulo 66 concretamente, nos presenta la escena en que Hermes, enviado por Zeus, va a Tebas y ante Heracles se aparece para conducirlo luego a un lugar con dos elevaciones en el terreno llamadas, respectivamente, la real y la tiránica (ἡ μὲν βασιλείος ἄκρα, ἰερά Διὸς βασιλέως, ἡ δὲ ἑτέρα τυραννική τυφῶνος ἐπώνυμος)²⁹. Los caminos que conducen a esos montículos son diferentes, siendo el primero de ellos ἀσφαλῆ καὶ πλατεῖαν y el segundo σκολιὰν καὶ βίαιον. Siguen a esto algunas descripciones sin importancia hasta llegar a los datos que verdaderamente nos interesan. En efecto, no tarda en decirnos Dión³⁰ que sobre la primera colina, sentada en un trono, se hallaba Βασίλεια teniendo a su lado a Δίκη; estaba también Εὐνομία³¹ y, finalmente, Εἰρήνη, que aparecía como γυνὴ σφόδρα ὠραία καὶ ἀβρῶς ἐσταλμένη καὶ μειδιῶσα ἀλύπως³²; allí mismo encontrábase igualmente Νομός, junto a un personaje llamado Λόγος ὀρθός y otros muchos Σύμβουλοι.

Frente a todo este grupo de rutilantes figuras, en la otra elevación del terreno (la llamada τυραννική) se hallaban situadas πολλαὶ δὲ ἄδηλοι καὶ ἀφανεῖς διαλύσεις y además, entre otras presentes, αἱ δὲ πάροδοι καὶ ἀτραποὶ πάσαι πεφυρμέναι αἷματι...³³. Dominando a todas ellas la Tiranía se alzaba sentada en un trono muy poco estable, intentando imitar la gran majestad de su opuesta, la Realeza³⁴. Otros presentes en este aquelarre eran Crueldad (Ψόστης), Soberbia (Ἴβρις), Falta de legalidad (Ἄνομία), Sublevación (Στάσις) y también Adulación (Κολακεία)³⁵.

Tras esta descripción tan viva de los personajes, el discurso se cierra con la consignación de que, en adelante, Heracles se

1967), 8, refiriéndose a Jenofonte, nos dice: «Io credo che di certo costui riproduceva se non la forma, al meno la sostanza del pensiero del sofista» y habría de ser una de las partes de sus Ὅραι. Paralelos interesantes están recogidos por Iohannes Alpers en su conocida investigación *Hercules in bivio* (dis. Gotinga 1912), quien trata a Dión en págs. 39 y ss.); igualmente, en el artículo ὄδῳ del *ThWNT* debido a W. Michaelis. Sobre el matiz cínico debe tenerse en cuenta, además, que Heracles fue muy popular entre tales filósofos y, luego, entre los cristianos (ver M. Simon, *Hercule et le Christianisme* (Paris 1955), *passim*).

²⁹ I, 67.

³⁰ *Ibidem* 73.

³¹ *Ibidem* 74.

³² *Ibidem* 75.

³³ *Ibidem* 77.

³⁴ *Ibidem* 80.

³⁵ *Ibidem* 82.

dedicará a expulsar y a quitar del mundo a todo tirano cuanto vea, ayudando, al mismo tiempo, a los reyes justos. Καὶ νῦν ἔτι —dice—³⁶ τοῦτο ὄρᾱ (Heracles), καὶ βογθὸς ἔσται καὶ φύλαξ σοι (Trajano) τῆς ἀρχῆς, ἕως ἂν τυγχάνῃς βασιλεύων. Es ésta una manera larga y complicada de ensalzar la paz por sí misma y como patrimonio de este tipo de rey justo e ideal que ha descrito.

Del mismo modo que en el hombre hay cualidades negativas que pueden degenerar en conflictos, también, a juicio de Elio Arístides, otro importante orador de la Segunda Sofística, se dan las positivas, como la δικαιοσύνη, φιλανθρωπία y εὐσέβεια, que son dignas de admirar en el tipo general más perfecto de hombre: el buen rey. A diferencia de Díon, Arístides no dedica ningún espacio a este retrato ético y sociológico de las perfecciones que deben adornar a la realeza, pero, en un elogio concreto a un rey desconocido (Εἰς βασιλέα: XXXV K)³⁷, enumera esos puntos que ve realizados plenamente en una persona de carne y hueso aún no identificada del todo por los historiadores³⁸.

Debemos notar que no son ideas generales, sino detalles concretos los que aquí se elogian; mas, en definitiva, objetivamente hablando, lo que es alabado refleja bien la escala de valores que se ha utilizado en la alabanza misma y, por ello, resulta interesante para nosotros. Así, digno es de elogio que este rey jamás usó de maldades, guerras y matanzas³⁹ para subir al trono, sino que procedió, a diferencia de otros muchos, ὀσίως y καλῶς⁴⁰. Si existe una crítica contra el proceder belicoso de muchos otros reyes está velada, ya que la condena-ción precisa de tal proceder no aparece. Sin embargo, como un correlato de su pensamiento, más adelante insiste sobre el tema ensalzando la especial forma de ver la guerra y la paz

36 *Ibidem* 84.

37 Citamos por la edición de B. Keil (Berlín 1898) de la que solamente apareció, como es sabido, el tomo II.

38 En la vieja edición oxoniense de 1722 a cargo de Jebb se da como subtítulo del discurso «Marcus Aurelius Antoninus philosophus laudatur»; por su parte Keil, en la pág. 253 de su edición, afirma «neque Pium neque Marcum imperatorem intelligi posse patet» y asevera que ni siquiera el discurso pertenece a Elio Arístides. Igual piensa A. Boulanger, *Aelius Aristide et la Sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre Ere* (Paris 1923) 382; de ser así, la presencia del tema del «buen rey» en este orador sería prácticamente nula.

39 XXXV K, 6 y 7.

40 *Ibidem* 8.

de este monarca; la más bella (κάλλιστον) e importante realización (φρονήσεως ἔργον nos dice) de su reinado fue —continúa— la εὐβουλία y σύνεσις para con el problema de las guerras. Efectivamente, dándose cuenta de que en los conflictos bélicos los aguerridos abogan por lucha en vez de por una apropiada deliberación (ἐν τοῖς πολέμοις τοὺς θεινοὺς καὶ πολεμικοὺς εἶναι δοκοῦντας υἱομένους δεῖν τῆ μάχεσθαι νικᾶν, ἀλλ' οὐχὶ τῆ καλῶς βουλευέσθαι), entonces, ni imitó a tales ni tampoco los quiso igualar eligiendo la opinión sostenida por aquellos de que, con hombres que son iguales a nosotros, preciso es servirse de las armas (καλὸν γὰρ τοὺς τοιοῦτους ἀνδρεία νικᾶν), pero, en cambio, con los bárbaros, lo oportuno es εὐ βουλευέσθαι. Servirse de esto para con los bárbaros pensaba el rey que no era lo más seguro (ἀσφαλές)⁴¹ y es ésta una forma de actuar que motiva la admiración del orador.

Por tanto, guerra y paz se entrecruzan en la figura del monarca ideal y el pacifismo recomendado no es sino una actitud vigilante en la que estén presentes las ventajas indudables de la paz que florece a la sombra del «buen rey»; las breves notas extraídas de las obras de estos dos autores así parecen confirmarlo.

ANTONIO BRAVO GARCIA

41 *Ibidem* 34.